

por **GONZALO TORNE** En la primavera de 1934, Thomas Mann y su esposa emprenden un viaje en barco para visitar Estados Unidos. Mann disfruta ya de un sólido prestigio cimentado en los *Buddenbrock*, *Muerte en Venecia* y *La montaña mágica*, y se encuentra enfrascado en la escritura de su tetralogía sobre José y sus hermanos, cuatro novelas que arrastran en España una insólita fama de pesadez que se disipa en cuanto abrimos el primer volumen y nos dejamos arrastrar por su brio imaginativo y la malicia cómica con la que Mann recrea

Mann registra su viaje, jornada a jornada, combinando notas sobre la travesía con observaciones de lectura. Las notas de viaje son tan propias de Mann que casi vemos como imprime su sello en cada página. Apenas se fija en la atmósfera y le importa poquísimo el funcionamiento del barco. Se dedica a constatar las distracciones y las rutinas de la pequeña sociedad que viaja en primera clase. La comida, el desempeño de los músicos, el deporte y las siestas en cubierta, las incomodidades del traje de etiqueta y el enfado con un colega que se pasa media jornada char-

Precisa, compleja y flexible, la lectura que el escritor alemán ofrece del clásico de Cervantes en 'Viaje por mar con Don Quijote' es original y ajena a los tópicos, aunque guarda una impactante sorpresa

Comprensiones e incomprensiones de Thomas Mann al leer el 'Quijote'

los mitos de fondo de su cada vez más amado cristianismo.

Mann decide acompañar el viaje de la lectura del *Quijote*, en su querida traducción de Tieck, concretamente de su segunda parte, que Goethe consideraba, en otro insólito juicio, algo «sobrante», pues no añadía nada a lo ocurrido en la primera. Apetece detenerse en la ceguera de Goethe (quizás deslumbrado por el libre vuelo de la imaginación de Cervantes) por si ayuda a explicar el corsé imaginativo que amenaza con asfixiar las dos partes del *Meister* y el *Werther*. Pero no es el asunto que nos ocupa.

lando con los viajeros de segunda. «Hay que ser solidario», exclama Mann, no de manera completamente irónica, y el lector recuerda que, pese a su petulancia natural, hace mucho que aprendimos a quererle.

Las notas de lectura son excéntricas al comentario del romanticismo alemán (el héroe, la locura, el individualismo...) y a los tópicos de la crítica española (metalingüística, sentimiento trágico de la vida...). Mann se distancia de los primeros de manera deliberada, y de Unamuno y su tropa porque no le queda otro remedio que no ser español. Sus intereses es-



THOMAS MANN
VIAJE POR MAR CON DON QUIJOTE
Trad. de Genoveva Dieterich.
Navona. 104 páginas. 16 €

UN SÍMBOLO DE LA HUMANIDAD
Mann no era particularmente afecto a la literatura española, sin embargo, la hondura de la obra cervantina y la maestría de su autor le marcaron. "Don Quijote está loco, pero no es ni remotamente necio, lo que el escritor mismo no sabía del todo al empezar. Su admiración por la criatura de su imaginación cómica crece constantemente a lo largo de la narración. La obra crece desde la entretenida broma satírica de su concepción hasta convertirse en un libro universal y en un símbolo de la humanidad"

tán influidos por los desafíos personales de la tetralogía: Mann ahonda en el mito, en la crueldad, en el cristianismo y en la ambición literaria (que según él, ¡y cualquiera que tenga los sesos en su sitio!, deriva menos de la voluntad y de la idea previa a la escritura que del juego que ofrece el libro mientras descubre sus posibilidades). Mann resulta siempre preciso, complejo y flexible; y nos emociona cuando se emociona ante el despliegue de la conciencia compasiva (siempre receptiva a los derrotados) de Cervantes.

El libro, seamos claros en este punto, es delicioso, aunque esconde hacia el final un juicio tan disparatado y turulado que vuelve casi atendible las tonterías que suelen decirse sobre la tetralogía. La sacudida, ya les aviso, es tan grande que amenaza con volcar el volumen editado con tanto primor y ahogarnos en la desembocadura del Hudson convertido en un mar de incomprensión crítica. Y es que a Mann la muerte de Alonso Quijano, de una emoción que le arranca las lágrimas a las momias, le parece frío. Atención, repito, frío. De acuerdo que el *Quijote* es una caja de incomprensión: que la piedad y la calidez del libro más humano surja de la brutalidad, la tozudez y la miseria es para desconcertar a cualquiera. Nabokov escribió casi cien páginas para demostrar en todas que no había entendido nada, pero Mann no es Nabokov, y donde nos divierte la grotesca lectura del ruso nos duele la gélida incomprensión de Mann.

Damos por hecho que las grandes mentes opinan de los mejores libros en su mejor momento. Pero no es así. Imaginemos a Mann, mareado y harto, peleando con el estreñimiento, muerto de ganas de pisar suelo y pasando páginas a toda mecha para que coincida el final del viaje con el del libro. ¿No existe en la dimensión de lo probable un Mann que lee en mejores condiciones los argumentos de Sancho contra la estupidez de dejarse morir cuando no nos amenaza más que la melancolía y se emociona dentro de su prodigiosa mente como el resto de nosotros? **L**